

La Evolución, ¿Teoría o Realidad?

Dos factores influyeron en forma notable para determinar el fantástico desarrollo de la doctrina de la evolución orgánica en los siglos 19 y 20.

En primer lugar, se había investigado muy poco respecto a las bases filosóficas de la ciencia en general y de la evolución en particular; en consecuencia, tanto los teólogos como los científicos no pudieron reconocer las falacias sobre las cuales se levantó la doctrina evolucionista.

En segundo término, debido a que los teólogos tendían a sentirse intimidados por los logros reales de la ciencia, difícilmente se atrevían a poner en tela de juicio los así llamados hechos sobre los orígenes que los científicos presentaban con un dogmatismo tan confiado.

Como resultado, los teólogos hicieron una de las dos siguientes cosas. Trataron de transigir con los hombres de ciencia al formular una doctrina de evolución teísta y al reinterpretar el registro bíblico para adaptarlo a dicha doctrina. O, por otro lado, se refugiaron en un "fundamentalismo" igualmente dogmático, que hizo más daño que bien y que atrajo sobre ellos la acusación de que eran unos oscurantistas inalterables, y que no valía la pena continuar el diálogo.

Hoy, sin embargo, la situación está cambiando rápidamente. Con la ayuda de hombres de ciencia de mente amplia, un nuevo estudio de la filosofía de la ciencia está revelando el carácter inadecuado de las tesis populares para desarrollar una concepción del mundo. Y un examen nuevo y crítico de los "hechos" de la evolución ha conducido a reconocer que muchos de ellos son cuestionables, y algunos carecen absolutamente de fundamento.

Es así como en la actualidad, la fuerza de los argumentos evolucionistas está menguando firmemente, y el vigor del creacionismo enseñado por la Biblia está creciendo de año en año.

¿Hecho o Teoría?

Una de las observaciones más comunes de los evolucionistas en el pasado ha sido la de que la evolución es un "hecho". Sir Julian Huxley, por ejemplo, en su obra *Evolution After Darwin* (La evolución después de Darwin), dice: "El primer punto que debemos señalar respecto a la teoría de Darwin es el de que no es más una teoría sino un hecho" (tomo 3, pág. 41). Algunos años antes, en un artículo sobre "Evolución" en la *Enciclopedia Biránica*, Huxley afirmó: "No tenemos la menor duda en cuanto al hecho de la evolución" (tomo 8, pág. 916, decimocuarta edición).

"Sobre el hecho de la evolución [dijo S. A. McDowell en *Biology and Mankind* (la biología y la humanidad)], no hay ninguna sombra posible de duda" (pág. 5).

"La evolución -declaró J. M. Coulter en *Where Evolution and Religion Meet* (Donde se encuentran la evolución y la religión-, ya no es considerada más como una mera teoría, sino como un hecho establecido" (pág. 14). Y así podríamos seguir.

Autor:

Dr. W. L. Emerson

Categoría:

Ciencia y Religión

Páginas:

4

Muchos hombres de ciencia, sin embargo, están comenzando a ver que esas aseveraciones son completamente injustificadas y enteramente engañosas. Un evolucionista puede sostener que la doctrina está respaldada o comprobada por una evidencia "fáctica" (relativa a hechos), pero eso no la convierte en un hecho. La evolución es una interpretación de los hechos, esto es, una teoría o hipótesis, y nunca podrá ser otra cosa.

Para apreciar la diferencia fundamental entre el hecho y la teoría necesitamos lanzar una mirada al pregonado "método científico" que propone tan confiadamente sus "resultados seguros". Fue Francisco Bacon, en el siglo XVII, quien le asestó un golpe demoledor al pensamiento especulativo de la Edad Media y colocó el fundamento de los descubrimientos científicos modernos. El concibió la idea de que si se realizaba una gran cantidad de observaciones y experimentos respecto a todo objeto y fenómeno natural, y si los hombres de ciencia eliminaban de sus mentes todo prejuicio y parcialidad (él los llamó "ídolos"), los "hechos" hablarían por sí mismos; de ese modo se desarrollaría un conocimiento científico nuevo y seguro. En su modo gráfico de expresarse, Bacon dijo que la recolección de los "incontables racimos, maduros en la estación, permitiría que fluyese el vino de la ciencia".

Pero desde que Bacon puso en marcha su método "inductivo" de observación y experimentación, los hombres de ciencia han comprendido que el conocimiento absoluto no se adquiere tan fácilmente como él suponía. Ahora se admite que la mente no es precisamente un receptor, sino un intérprete de las impresiones sensoriales, y que la sistematización e interpretación que la mente hace de los hechos no debe confundirse con los hechos mismos. Ciertamente no hay hechos "simples". La observación no puede ser separada de la interpretación. Las percepciones son organizadas por la mente en conceptos, los conceptos son relacionados entre sí hasta llegar a la formulación de leyes, y las leyes dan lugar a teorías generales. En otras palabras, el observador usa su capacidad de pensar, que incluye no sólo la inducción y la deducción, sino también la imaginación creadora y hasta la disposición personal, para armonizar los hechos con lo que él considera que son conceptos, leyes y teorías válidos. No es de sorprenderse, por lo tanto, que W. R. Hanson, en su obra *Patterns of Discovery* (Modelos de descubrimiento), asegure que todos los "datos" están "cargados de teoría". Y N. Campbell declara en *What Is Science?* (¿Qué es la ciencia?) que las leyes científicas dependen menos de las "reglas establecidas" de investigación, que de "la imaginación de individuos altamente dotados", y que este "elemento imaginativo y personal" es "mucho más prominente en la elaboración de teorías" (págs. 97 y 102).

En última instancia, asegura A. Eddington en *The Nature of the Physical World* (la naturaleza del mundo físico), "la mente... por su poder selectivo" hace concordar "los procesos de la naturaleza con una estructura legal cuyo modelo él mismo está escogiendo" (pág. 244). Consecuentemente, caracterizar cualquier teoría científica -que es el resultado del complicado proceso mental de inducción, deducción, imaginación e intuición-, como un "hecho", es

científicamente absurdo. Como todo concepto científico, la evolución es una teoría o hipótesis preferida por ciertos individuos como una explicación de cierto número de hechos observados. Pero puede haber ocurrido que otros hechos significativos hayan sido descuidados, o que emerjan de tanto en tanto nuevos hechos muy reveladores. La teoría, por lo tanto, nunca puede ser considerada más que como algo provisorio, y deberá ser abandonada y sustituida por una nueva teoría, si ésta armoniza más satisfactoriamente con un conjunto mayor de hechos.

De modo que la primera de las falacias básicas que los hombres de ciencia en general y los evolucionistas en particular están inclinados a aceptar es la de colocar la ciencia sobre un pedestal, como algo "objetivo" y "real", mientras caracterizan la metafísica y la religión como algo "subjetivo" o productos de la mente. En verdad, la ciencia no es "una evolución fría calculada de datos..., sin emoción o prejuicio", sino que es tan subjetiva como cualquier otra forma de conocimiento, porque sus conceptos están condicionados, al igual que los conceptos metafísicos y religiosos, por un modelo de pensamiento o una filosofía de la vida.

Principios filosóficos de la Evolución

Ahora que reconocemos que el hombre de ciencia evolucionista no es un ser superior que ha sido capaz de eliminar de su mente todos los prejuicios subjetivos, o "ídolos", sino una persona que da su interpretación subjetiva de los hechos en oposición a las creencias subjetivas de los creacionistas basados en la concepción bíblica de la vida, podemos dar un paso más e investigar en cuanto a la naturaleza y a la validez de las pautas de pensamiento escogidas por los evolucionistas. La primera cosa que encontramos -lo que confirma notablemente la subjetividad de su enfoque- es que todos ellos comienzan afirmando *axiomáticamente* que *¡no pueden* aceptar la idea de un Creador trascendente!

T. H. Huxley admitió que antes de la aparición de *El origen de las especies* había estado buscando por años "algún postulado... que reemplazase la teoría *insostenible* de la creación". Creyó que lo había encontrado en la teoría de Darwin, y así se convirtió en un ardiente defensor de este pensador. El Prof. D. M. S. Watson le expresó a un conjunto de hombres de ciencia en la Ciudad del Cabo que ésa fue también la razón filosófica básica de la aceptación de la doctrina evolucionista por parte de muchos científicos actuales. "La evolución -dijo- es aceptada por los zoólogos no porque se ha observado que haya ocurrido, o porque pueda probarse su veracidad mediante una evidencia lógica coherente, sino porque la única alternativa, la creación especial, es claramente increíble". Al subrayar este punto, agregó: "Considero la hipótesis de una creación especial como algo demasiado insensato como para darle una consideración seria; en verdad, no la considero en absoluto como una hipótesis" ⁽¹⁾.

Ahora bien, un evolucionista tiene perfecto derecho de comenzar con una concepción antiteísta y ver hasta qué punto puede lograr que armonicen los hechos observados con su estructura mental, pero no debe objetar el que se haga un cuidadoso escrutinio

de la validez de su filosofía básica, al igual que de los hechos que él aduce para respaldar su hipótesis. Y tan pronto como hacemos esto, descubrimos otra falacia básica.

El hombre de ciencia naturalista sostiene que el cerebro humano sólo es capaz de recibir impresiones sensoriales (percepciones) y organizarlas en estructuras de pensamiento (concepciones). Por su propia definición, por lo tanto, no corresponde en absoluto que asegure categóricamente que el universo es un sistema cerrado, que se basta a sí mismo y se regula por sí mismo fuera del cual no hay nada. Si este hombre de ciencia declara, por un lado, que su mente es capaz de tratar sólo con datos que le llegan mediante los sentidos, ¿cómo puede saber que no hay nada que trascienda la capacidad de su equipo mental? Basado en su premisa, puede declarar legítimamente que es agnóstico respecto a toda doctrina de los orígenes que incluya a algún Poder fuera de la naturaleza, pero no puede declarar categóricamente que tal idea es "demasiado insensata como para darle una consideración seria". ¡Esta sí que es una posición anticientífica, no filosófica e ilógica!

Algunos hombres de ciencia están comenzando a reconocer esta falacia de extender exageradamente las prerrogativas de la ciencia, y se están volviendo más modestos en sus pretensiones referentes a una visión científica del mundo. El hecho es que la ciencia no puede, mientras permanezca fiel a sí misma, formular una visión científica absoluta del mundo. Si un hombre de ciencia adopta una concepción tal, debe reconocer que es tan "subjetiva" como cualquier otra concepción metafísica o religiosa del mundo, y que por lo tanto necesita ser sometida a todo tipo de prueba y examen.

(1) *Nature* (Naturaleza), 10 de agosto de 1929.
